

LA NARCOCULTURA VENEZOLANA

La violenta explosión de los problemas de la drogadicción y el narcotráfico en la preocupación pública venezolana nos coloca entre la duda y la alarma. En la duda porque conociendo los modos de proceder de nuestros políticos y gobernantes nos entra la sospecha de que se trate de otra maniobra distractiva de la opinión pública, de una forma de catarsis de las consecuencias de la coyuntura económica y social en la que ellos mismos han metido al país. Alarma porque lo que ha venido poco a poco aflorando a la superficie sobre las intrincadas redes del narcotráfico en la sociedad venezolana suscita graves preocupaciones sobre el futuro nacional.

Aunque algunos hayan intentado tapar problemas al sacar a la luz las dimensiones del narcotráfico en el país o hayan pretendido tranquilizar conciencias alborotando la opinión pública para que no pase nada, también es verdad que se nos han abierto los ojos a una dimensión de nuestra realidad que no podemos eludir y tenemos que enfrentar responsablemente en los complejos niveles en los que se manifiesta.

LAS PROPORCIONES DE LA CUESTION

Posiblemente lo más difícil en relación a las cuestiones del narcotráfico y la drogadicción es asumir las dimensiones de los problemas que plantean. Estamos ante un fenómeno que trasciende nuestros esquemas ordinarios de comprensión de la realidad con lo que se nos hace cuesta arriba captar su magnitud. Probablemente las cuestiones relacionadas con el narcotráfico dejan atrás, y muy atrás, todo lo que hasta ahora hemos conocido como "grande". De allí nuestra tendencia a minimizar esos problemas considerándolos casos individuales o cuestiones de policía, o simplemente a obviarlos. De allí también la dificultad, muchas veces, de expresarlos y enfrentarlos.

Desde el punto de vista económico el narcotráfico representa prácticamente un sistema económico autónomo, interrelacionado con lo que hasta ahora han sido los modos ordinarios de producción y distribución de bienes y servicios, pero con su propia dinámica independiente. De esta manera nos encontramos con el surgimiento a grandes velocidades de inmensas fortunas en flagrante contraste con el enriquecimiento que puede venir del esfuerzo "normal" dentro de una economía capitalista. De manera igualmente asombrosa, el narcotráfico y sus complejas implicaciones económicas se convierte en una alternativa para los países en crisis económica. Lo que no es posible lograr con planes

de austeridad o de reactivación (aunque vengan directamente del FMI) se alcanza con la participación en la narcoeconomía.

Políticamente considerado el narcomundo ha creado sus propias relaciones de poder con autonomía de los Estados nacionales y de las relaciones internas entre partidos, grupos económicos o cualquier otro elemento ordinario de la estructura del poder político en el mundo occidental. El nuevo narcopoder escapa con elegante facilidad a todos los esfuerzos de represión nacionales e internacionales. Las leyes vigentes en los "Estados de Derecho" de nuestra civilización no constituyen ni norma ni amenaza para las actividades de los narcotraficantes. Los mecanismos de participación democrática en las decisiones sociales y las variaciones en los regímenes de gobierno o en las relaciones de fuerza en las instancias representativas de nuestras sociedades no limitan ni afectan las actividades del mundo de la droga.

Más aún, ha ido surgiendo entre nosotros una narco-cultura, es decir, una nueva manera de ver el mundo, de representar al hombre y sus relaciones con la naturaleza y con sus semejantes. La compleja red de relaciones en todos los niveles de la vida humana que ha generado la producción, comercialización y consumo de narcóticos se ha impuesto como el punto de partida de una nueva manera de entender lo que somos y hacemos. Las expectativas socioeconómicas generadas por el optimismo de la racionalidad capitalista, inalcanzables para la mayoría de los habitantes de nuestro planeta, encuentran en el narcomundo una forma eficaz de ser alcanzadas. El "éxito" social y económico que parece negado o imposible por otros caminos es relativamente fácil de alcanzar cuando uno se afina en el trampolín de la cultura de la droga. A partir de ella surgen nuevas y distintas formas de comunicación social y personal, de socialización y educación informal, de criterios de valoración de la vida, de las personas y sociedades...

VENEZUELA: UN NUEVO NARCOPAIS

Los pocos datos de los que se disponen no dejan lugar a duda sobre la existencia en Venezuela de un narcopaís: según datos de la PTJ, en 1983 circularon en el país 15 toneladas de cocaína; si se calcula que el precio comercial de un kilo de esa droga es de cinco millones de bolívares, el valor comercial de esa circulación es de 75 mil millones de bolívares. Según datos publicados por *El Diario de Caracas* a raíz del debate parlamentario de febrero, el volumen de droga consumida en Venezuela equivale a unos 14 mil millones de bolívares anuales. Se llega a hablar de la existencia de medio millón de

consumidores habituales de droga y circula la cifra de que entre los jóvenes que prestan servicio militar en nuestras fuerzas armadas no menos del 70 por ciento consume marihuana, mandrax o cocaína. En 1983 se registraron 15 muertes por sobredosis de droga. Si estos datos dan una idea del mercado interno, podemos usar la imaginación, incluso a riesgo de quedarnos cortos, sobre las dimensiones de la red de distribución interna y los complejos mecanismos de comercialización que han hecho de Venezuela una pieza importante en el tráfico continental de narcóticos.

Los problemas relacionados con el consumo de drogas no son tan recientes en el país. Desde hace bastantes años han abundado los casos de jóvenes adictos y se habían detectado mecanismos de distribución en los liceos, universidades y zonas residenciales de todo nivel social. Sin embargo, la conversión de Venezuela en un narcopaís, en un eslabón del complejo mundo de la droga, es bastante más reciente, es cosa de los últimos seis o siete años. ¿Por qué Venezuela?

Los factores que inciden en la aparición del narcopaís venezolano son variados. Empezando con el crecimiento del narcotráfico continental y mundial que necesita expandir sus mercados y perfeccionar sus redes de distribución y otros factores de orden externo, hasta los elementos de orden interno. Coincide este fenómeno con la baja de la economía petrolera como sostén de un crecimiento sostenido y casi ilimitado, con eso que se ha llamado la "crisis económica" con sus consecuentes condiciones para el nacimiento y germinación de las actividades conexas al narcomundo. A esto se añade un país con fronteras muy grandes, largas e indefensas y con un sistema financiero lo suficientemente desarrollado y sofisticado como para facilitar las grandes operaciones de "lavado de dinero" necesarias para la buena salud de la narcoeconomía y una de las formas más importantes de conexión y "ayuda" a la "otra" economía.

Los virus de la corrupción que se han desarrollado en su más amplia gama dentro del sistema democrático venezolano tienen una alta incidencia en la creación de las condiciones para el surgimiento del narcopaís venezolano. Una sociedad debilitada en muchos aspectos por la corrupción extendida es el mejor caldo de cultivo para el rápido surgimiento de todas las facetas del narcomundo y la narcoeconomía.

SEGUIMOS INDEFENSOS

Ante la magnitud del narcomundo y la narcocultura aún no hemos reaccionado ni social ni personalmente; seguimos bastante indefensos. Los Estados nacionales, incluyendo aquellos muy poderosos y organizados como los Estados Unidos de Norteamérica, no han encontrado la forma de defenderse ni de controlar el poder autónomo que ha surgido a la sombra de narcotráfico.

Caso patético es el del Estado Venezolano. Si el destino de recursos públicos es un indicador de la conciencia del problema, encontramos que la Comisión Contra el Uso

Indebido de las Drogas (C.C.U.I.D.) creada como organismo de alto nivel para generar políticas preventivas a este respecto, ha tenido y tiene una existencia escuálida. Entre 1971 (fecha de su creación) y 1974, funcionó adscrita a la Fiscalía General de la República y ni siquiera tenía presupuesto propio. A partir de 1975 se adscribe al Ministerio de Relaciones Interiores y depende directamente de la Presidencia de la República para su funcionamiento. Hasta 1981 maneja un presupuesto de funcionamiento de 471 mil bolívares. En 1982 se le rebaja a 296 mil bolívares y en 1983 apenas alcanza a 83 mil bolívares. Durante el año en curso subsiste esperando su presupuesto. La PTJ, por su parte, para ejercer sus funciones de represión y policía judicial cuenta apenas con 27 funcionarios dedicados a esta labor. La parte asistencial es también raquítica: el Ministerio de Sanidad cuenta con 70 camas en todo el país para casos de drogadicción... etc.

La indefensión afecta igualmente a otras dimensiones de nuestra vida nacional. El sistema educativo ni siquiera se ha percatado de la existencia, mucho menos de la magnitud del problema. No existen, pues, ni atisbos de una pedagogía que prepare a los jóvenes venezolanos a encontrarse con el narcopaís. Las familias, cuando existen, tampoco tienen una actitud consciente frente al hecho del narcotráfico y no se busca eficientemente la prevención de posibles problemas en los adolescentes. Tampoco las empresas o instituciones como las Fuerzas Armadas Nacionales han desarrollado formas efectivas de enfrentar el problema en todas sus dimensiones.

También estamos indefensos personalmente cada uno de nosotros. Hemos sido socializados en un mundo que lleva directamente a la frustración, pues es imposible que alcancemos en la realidad el modelo de vida que se nos ha inducido en las expectativas que se nos han creado. En esa situación es casi imposible resistir la tentación de alcanzar las metas existenciales a través del puente del narcomundo, participando en esa nueva dimensión de nuestra civilización que presenta tantas facetas paradisíacas.

Da la impresión de que no sabemos lo que tenemos entre las manos ni los riesgos que estamos corriendo como personas, como país, como cultura... necesitamos abrir los ojos, no para quedarnos paralizados o sentirnos impotentes, sino para generar alternativas de Vida.

La base de existencia de todo este narcomundo es su capacidad de generar víctimas. Por una parte los consumidores de drogas con todas las secuelas que esa espiral trae en los aspectos personales y sociales, y, por la otra, quienes se integran a los circuitos del narcotráfico como solución a sus problemas económicos, políticos o personales, sean o no consumidores. Dados los valores predominantes en la sociedad en la que vivimos, todos somos vulnerables a los encantos del mundo de la droga, todos somos víctimas potenciales. La expansión de la narcocultura y sus necesidades objetivas nos hacen aún más vulnerables. ¿Seremos capaces de ir creando formas de evitar esa vulnerabilidad?